

El afeitado.

Ahora, con la maquina en la mano, me llega el recuerdo del momento en que me avisaron de que Pamela rondaba a mi padre; hace ya más de tres meses, y no puedo evitar perderme en la memoria...

Mi infancia es un armario repleto de posibilidades de juego, que fueron menguando en la misma medida que mi padre y mi madre decidían aportarme compañía. Así llegaron mis otros hermanos, para vivir en un mundo diferente al mío, aunque junto a mi.

Mi juventud son sombreros viejos de paja, que huelen a tomillo y pólvora, o quizás a musgo y primavera, dependiendo de la época del año en que me perdía con mi perro o con mi caña de pescar.

Y así fue pasando mi vida, entre pelotas que llegan a una red de una patada, y otras que pasan por encima al darles con una raqueta, viendo como mi padre le hacía guiños a Pamela, siempre bajo la resignación de mamá.

Nunca fui yo demasiado expresivo en el cariño paternal, y siempre di por entendido que no era necesario dar un abrazo ni un beso, porque mi padre los recibía del aire, entre piedras y minerales de amplio espectro.

Tal vez por eso, la muy astuta de mamá, rechazó que su amigo lo hiciera, incluso disculpó a su otro hijo porque él no se afeita, me lo encargó a mi a sabiendas de que lo más probable es que fuese la última vez que yo tocase el rostro de mi padre... Por eso, estoy aquí, afeitando al viejo luchador para cuando llegue Pamela.

..... *a mi madre con cariño y a mi padre con paciencia*